



Entrevista a Eduardo Devés: Hacia una relación descolonizadora con la naturaleza, la potencia de la vivocracia para un nuevo orden planético

Interview with Eduardo Devés: Towards a decolonizing relationship with nature, the power of “lifecracy” for a new planetary order

Entrevista com Eduardo Devés: Rumo a uma relação descolonizadora com a natureza, a potência de la vivocrácia para uma nova ordem planetária

por Dominique González

Publicado

23 de junio de 2026

Cómo citar

Devés Valdés, E. y González, D. (2026). Entrevista a Eduardo Devés: Hacia una relación descolonizadora con la naturaleza, la potencia de la vivocracia para un nuevo orden planético. *Estudios Avanzados*, 44, 213-233.

En esta entrevista nos hemos propuesto explorar la potencia de las relaciones entre humanos y especies de la naturaleza, y las posibles relaciones con el concepto «vivocracia», abordado por el académico y profesor Eduardo Devés Valdés. Sus recientes publicaciones, tituladas «La geopolítica del conocimiento y los saberes de la naturaleza (una propuesta de segunda generación)», «Aproximarse a los saberes de la naturaleza es también un desafío para los estudios de las ideas...», así como su conferencia inédita «La circulación mundial de las ideas y las ideoglobías: Aportes desde América Latina y el Caribe» (Devés, 2025a, 2025b, 2026a), permiten especular sobre nuevas formas de convivencia que se superpongan a una perspectiva especista. Estos planteamientos no han hecho sino confirmar la posición del doctor Devés

como un referente ineludible en el estudio de las ideas.

Proponemos un diálogo a partir de sus reflexiones más actuales que buscan visibilizar el poder de la naturaleza y su capacidad de autodeterminación frente a una humanidad que la destruye o pretende «salvarla» desde una lógica dirigista. Emerge así un posicionamiento no autoritario que pretende formular «ideoglobías» (Devés, 2026a) como propuesta para una convivencia planetaria que, desde una perspectiva «planética», trasciende nociones como Estado-nación, cumbres, actores internacionales y acuerdos internacionales, enfocándose en una agencialidad de los organismos naturales que conduzca también a imaginar una eidética de la naturaleza (Devés, 2025b).

Remitiéndonos a sus textos previos y en referencia a sus últimos trabajos, ¿qué significa vivocracia?

Eduardo Devés: He definido vivocracia agregando varias aproximaciones al concepto. Te respondo Dominique a partir de algunas formulaciones más directas, otras elípticas, recogiendo y reelaborando textos de algunos trabajos. La noción «vivocracia» se propone como relevante para imaginar un planeta vivible, que contemple a todos los organismos, humanos o no. Ello facilitaría la formulación de mejores ideoglobías, entendidas como propuestas para la convivencia global (Devés, 2026a, 2021). Busco adentrarme en la vivocracia como noción que considera el poder de

los organismos y las maneras de empoderarlos. Vivocracia es poder de los organismos naturales: expresiones, voces, haceres, saberes y *know-how*.

Desde una perspectiva planética, la vivocracia es uno de los factores, junto a la «gentecracia», la biodiversidad, la eidodiversidad y muchos más, como los Estados-nación, los organismos internacionales, las asociaciones religiosas, deportivas y más todavía, que componen las voces y las presencias a nivel planetario. Se trata entonces de entender la vivocracia como expresiones de la

vida, entendiéndola como conjunto de agencialidades empoderadas, agencialidades coprotagónicas en las iniciativas y «propuestas» para la sobrevivencia en el planeta, es decir como coautoras de ideoglobías (Devés, 2026a). En la medida que se entiende como «expresiones de la naturaleza» se emparenta con voces de la naturaleza, saberes de los organismos, derechos de la naturaleza, así como con democracia y genticracia, entre otras.

Si vivocracia alude a voces de los organismos naturales, a defensa, a poder y a expresión, entonces es adecuado hablar de empoderar a los organismos naturales para que desenvuelvan sus capacidades de autodesarrollo. La vivocracia vale en la medida que se hace escuchar, sentir por otros, mostrando su influencia en la supervivencia planetaria. Por

lo demás, adquiere significación a la hora de asumir la necesaria autonomía de la naturaleza en sus dinámicas, ante una humanidad que, además de destruirla, se atribuye permanentemente el objetivo dirigista de salvarla, que demasiadas veces significa «domesticarla». En consecuencia, cuando se alude a cierta acción humana en estos procesos es clave imaginar vivocráticamente que es para condiciones de emergencia, facilitando que la naturaleza retome su agencialidad, pudiendo, paulatinamente, prescindir del apoyo, de la guía humana. Incluso si tengo en cuenta que las incidencias humanas podrían ser equivalentes a cuidados sobreprotectores tanto como a formas de curación que, al crear nuevas dependencias, provocan enfermedades crónicas.

En algunos de sus análisis y contribuciones propone un marco de solidaridad entre las periferias humanas y naturales contra los intentos de subordinación promovidos desde el centro absoluto. La vivocracia requiere de estos insumos para el empoderamiento de la naturaleza y la vida. ¿Dónde traza la línea conceptual entre vivocracia y nociones afines como «derechos de la naturaleza» o «agencia biocéntrica»?

La vivocracia es la agencialidad de los seres vivos. Potenciar la vivocracia es trabajar por el empoderamiento de estos. Es relativamente análoga a la palabra democracia «participativa» en la polis del Estado-nación y a genticracia como participación de la gente en los espacios metanacionales y planetarios (Devés, 2021).

Se ubica en otro nivel que derechos de la naturaleza e incluso que derechos de la vida, que apuntan hacia lo

jurídico, perspectiva que no asume necesariamente la agencia de los organismos naturales, aunque tampoco la excluye. Aludo a organismos naturales, lo que parece redundante, pero existen igualmente organismos públicos y organismos internacionales; incluso si seguimos la línea de la vida de las ideas, podemos considerar en cierto sentido las expresiones eidéticas como organismos, palabras más frecuentes en el ambiente intelectual donde me desenvuelvo.

El biocentrismo apunta a una cuestión ética de los derechos de la vida en general, más allá del ser humano, cuestión que una perspectiva vivocrática da por entendida. Sin embargo, la vivocracia pone énfasis en la agencialidad: en la propia dinámica de la vida, en la vitalidad, en la expresión, en la recuperación, la resiliencia, la sanación, en los derechos ejercidos más que los derechos demandados y en el aporte de sapiens por empoderar la vida en la cual se desenvuelve y de la cual forma parte. Por otro lado, el biocentrismo ambientalista, que entiendo es el que tú destacas, es homónimo, con el biocentrismo como planteamiento filosófico existencial en los escritos del teórico sobre danza en Rolando Toro-Araneda. El planteamiento del principio biocéntrico en Toro-Araneda (2014: 68) «propone orientar todos los

emprendimientos y educacionales hacia la creación de una estructura psíquica capaz de proteger la vida y permitir su evolución». Formulado así, nos permite la mejor escucha de las voces de la naturaleza, como de la humanidad en tanto naturaleza.

En la propuesta vivocrática anida una apuesta ácrata por un tipo de desorden y de peligro, menos desordenado y peligroso que el proyecto noratlántico de aniquilación de la naturaleza. Por otra parte, más equilibrado y hermoso que un mundo organizado y cómodo, algo intermedio entre un hotel y un hospicio para enfermos mentales, operado por una empresa que financia sus servicios con los pagos que hacen los propios alienados para continuar con una existencia cómoda y segura.

***Claro, por tanto, requiere de diálogos no tan solo de una disciplina.
¿En qué marco aparece este concepto?***

El concepto «vivocracia» no proviene de la ecología propiamente, sino, más bien de los estudios sobre las periferias, estudios internacionales y planéticos. La vivocracia es lo equivalente de la gentocracia. Es decir, se trata de entender la naturaleza como parte de la periferia generada por la expansión del capitalismo europeo y noratlántico, algo que viene transformando la naturaleza y el resto de la humanidad en periferias (ver Devés, 2026b).

Aunque, más significativa para mí, es la trayectoria de los estudios de las ideas y lo intelectual, que intenta relevar

los saberes de la naturaleza como parte de su agencialidad. Desde los estudios de las ideas, la naturaleza es una fuente de emisión de información, mensajes e incluso ideas (ver Devés, 2023). Los estudios eidéticos, por lo demás, no se ocupan únicamente de asumir lo que ha ocurrido con las ideas –como ideas muertas– sino también del trabajo con las ideas como entidades activas y su funcionamiento en los ecosistemas intelectivos donde se desenvuelven... Aquí es clave la noción «eidodiversidad» como correlativa de biodiversidad y la vida de las ideas, la vida eidética, como correlativa de la

vida biológica. Más aún, los estudios eidéticos pueden ocuparse de generar conversaciones entre las diversas voces que componen los ecosistemas intelectivos, voces humanas como de otras especies.

Esto no hace a una vivocracia opuesta a derechos de la naturaleza ni a biocentrismos, solo la ubica en una perspectiva diferente, para pensar desde otros lugares disciplinares y más

ampliamente desde otros lugares de enunciación; no desde las ciencias de la vida biológica, sino más bien desde los estudios de las ideas, desde la planética, los estudios internacionales, los estudios culturales y la semiótica, específicamente biosemiótica, que quiere entender la información que proviene desde la naturaleza como información significativa.

Comprendo, por tanto, alude a un pensamiento relacional no tan solo en diversos campos disciplinares, sino también en las prácticas, si es que existiesen prácticas políticas; ya que me comentaba previamente a esta entrevista, sobre la poca precisión y mal empleo del concepto de «política». Situándonos en su polisemia, ¿considera la vivocracia como un principio de organización política para los seres vivos en tanto busca ser un proyecto normativo o una ontología política?

No quiero la amañada polisemia de la palabra «política», palabra sistemáticamente manejada para los paralogismos. La vivocracia no es política, no apunta a la política. En todo caso sería planética pues apunta a la convivencia en el planeta. No quisiera decir «política» para no envolverme más en una noción que contribuye a confundir las cosas mucho más que a aclararlas.

No es que no entienda lo que planteas, es más bien que no quiero entender, pues no quiero dejarme envolver en el discurso eurocéntrico sesentista. El planeta no es una polis. No funciona como polis, ni quiero que lo haga, para evitar el orden de la dictadura global, y con esto no descarto formas de interacción, coordinación y colaboración entre multitud de seres descentralizados, que viven y mueren, comen y se

devoran, metabolizan según sus intereses y posibilidades, llevan sus propias agendas que resultan o les frustran, que encuentran fórmulas de convivencia o les extinguen. Los seres vivos poseemos formas y niveles de agencialidad y múltiples maneras de desenvolverla, y así también evolucionamos.

Política no es sinónimo de colaboración, de interacción ni de participación. Es una entre la multitud de maneras de realizar estas acciones y de sus combinaciones posibles. Las ideoglobías planetarias no están pensadas para las polis sino, precisamente, para jugarse en ámbitos metanacionales.

Sobre «ontología política», nada puedo decirte.

Siguiendo la discusión, en tanto cada relación está permeada por el poder, ¿el poder de la naturaleza está supeditado o se convierte en subalterna frente al poder de la genticracia?

Genticracia no es sinónimo de agencialidad humana, a secas. Alude más a la diferencia entre la preocupación por lo planetario en tensión con el quehacer político ubicado en el marco de las polis particulares (Devés 2026a, 2021). Genticracia no debe ser entendida como poder de la gente contra la naturaleza, sino en tensión (no en oposición) con democracia, como expresión de política o de participación del demos, al interior del Estado-nación.

La genticracia consiste en el conjunto de las expresiones humanas en el espacio planetario. Claro que pueden crearse consensos antinaturaleza, pero estos provienen de la instalación del noratlantismo y de su proyecto que del consenso de una humanidad consciente de sus diferencias en el espacio planetario.

La genticracia es la gente que se empodera más allá del Estado-nación, en causas planetarias como los destinos del planeta, los derechos de la naturaleza, el no intervencionismo, la paz, los Derechos Humanos de los diversos pueblos y de quienes migran, los derechos de la vida...

La naturaleza se va convirtiendo en subordinada de los humanos, sobre todo a partir del neolítico, con la aparición de la agricultura, que posibilita utilizarla cada vez en mayor escala para mantener a la humanidad, cosa que conlleva una distorsión de las

dinámicas propias del mundo natural, cada vez en mayor escala. Crece esta subordinación en la medida que el transporte, cada vez más económico y eficiente, permite alimentar personas y animales de otras regiones del mundo, llevando a colonizar territorios antes no interesantes. El aumento de la población normal durante los últimos siglos, acompañado y superado ahora en impacto, por el crecimiento del consumo y del desecho correlativo per cápita, es la mayor condición (motivo, causa) de subalternización de la naturaleza. El combate entre las multinacionales por transformar todos los rincones del planeta en territorios explotables es la clave en este proceso actual de subordinación llevado a cabo por países socialistas y capitalistas, por empresas públicas y privadas, por etnias caucásicas o mongólicas, por lenguas ibéricas o túrquicas, por etnias mestizadas o quichuas, como la arquitectura de los «cholets» de la ciudad de El Alto, en Bolivia, por gobiernos que quieren el «bienestar» para la población y que la conminan a trabajar para consumir más y más...

Porque el proyecto de consumir y de subordinar más y más a la naturaleza, si bien es capitaneado por las multinacionales noratlánticas, por Davos y la OTAN, ha contagiado a casi todo el mundo y ha «rayado la cancha» en la cual se compite. China, India e incluso África entran a correr en esta cancha para no ser descalificados por la agenda del centro, de la cual, por

lo demás, casi toda la intelectualidad latinoamericana es solidaria, aunque en diversos grados y, contradictoriamente, yo también.

Mi posición es apocalíptica, y progresivamente más apocalíptica.

Desde esa perspectiva, Viveiros de Castro, Krenak, Strathern y Despret se han referido a conexiones parciales, empatía y acceso al Umwelt de cada especie (difuminando distancias entre humanos y no-humanos). ¿En qué medida la vivocracia se alinea con esa generalización de lo vivo? ¿O, por el contrario, se distancia de ella, en la medida en que cierta biosemiótica tiende a subrayar las diferencias y distancias comunicativas entre los organismos que forman parte de la ideoglobía?

He planteado un conjunto de vías para acercarse a los organismos naturales en tanto emisores de mensajes, y para escucharles. He señalado que una de estas «consiste en aguzar nuestras capacidades perceptivas y empáticas con los demás organismos naturales para sentir parcialmente con ellos, como ellos y mejorar la fluidez de la comunicación, en especial con algunos tipos de animales por sí mismos y en cuanto comunicadores de lo que sienten los ecosistemas».¹

La vivocracia, si bien posee o necesita un planteamiento filosófico, no es la dimensión que me ha interesado, por el momento, profundizar. He querido más bien por un lado pragmático escuchar-empoderar los organismos naturales para preservarse en la vida. Esto del método o vía empática viene de una interpretación posible de Jakob Uexküll, por el intento de interiorizarse en el lugar, en el mundo del otro.

Otra de las vías que propongo alude a la biosemiótica y a la zoosemiótica,

que intentan descifrar mensajes que provienen de lo biótico. Apuntan más a acercar que a «distanciar», como sugieres, aunque entiendo que diferenciar es, en cierto sentido, distanciar.

El tema de la comunicación es muy importante, pero debemos tener en cuenta que la comunicación, en buena medida, opera sobre la base de nuestro autoconocimiento y de lo que conocemos en el planeta. Para comenzar, solo entendemos a lo otro desde nosotros mismos, en relación a nuestros parámetros, y es difícil que sea de otra manera. Si alguien nos dice que le duele la cabeza se asume que es algo parecido al dolor de cabeza que yo he sentido, así como entendemos los aullidos destemplados de un perro y suponemos que lo están haciendo sufrir, porque los seres humanos gritamos de manera parecida o porque hemos visto algún perro atropellado, y si vemos la sequía en una imagen tenemos una idea de lo que es, porque hemos visto plantas languidecer y

¹ La cita corresponde a un ensayo inédito a la fecha, donde Eduardo Devés reflexiona respecto a la vivocracia y el empoderamiento de los recursos naturales.

secarse en jardines donde no reciben agua. Es decir, tenemos conocimientos de primera mano, ingenuos y razonables, aunque no apodícticos ni completamente certeros, cuando nos comunicamos con otros seres. Así podemos derivar o al menos sospechar que animales muy delgados están sufriendo hambre o tienen laceraciones es porque están enfermos o han sufrido malos tratos. Se trata de comunicaciones en el marco del buen sentido, aunque no podemos tratarlas sin autocrítica, y mientras más lejos o remotas o amplias son, más requerimos de reflexión, información y debate con otros para mejor dimensionar de lo que se trata.

Esto me lleva a argumentar así: nosotros somos humanos, mamíferos con cuerpos muy parecidos a otros mamíferos y a otros animales, como las aves o los reptiles, y vivimos de recursos como alimentos, agua y aire, entre otras cosas. Son factores que nos permiten empatizar con otras expresiones naturales a partir de nuestra propia corporeidad, desde nuestros sentires y sentimientos, aunque a la vez asumir que los otros no sienten ni viven exactamente igual que nosotros. Me refiero a cierta empatía de nuestra propia corporeidad y condición natural para entender partes de la naturaleza, como de nuestra propia animalidad, para entender otros animales. Se trata de empatía y de lente: lente para ver a otros desde la lente con que nos vemos a nosotros mismos. Que este método tiene limitaciones y peligros sí, pero todos los tienen. Que la crítica y la autocrítica

nos permitan depurarlo, conectarlo con otros métodos, ejercer formas de control sobre nuestras primeras deducciones. Igualmente, que la convivencia con las diversas formas de la vida nos permita entenderlas mejor, escucharlas mejor. Creo que este ha sido parcialmente mi proceso personal, pero, también y por ello mismo, es parcialmente intransferible.

Así, quienes nos ocupamos de la información, de las ideas, los saberes o de los significados, considero que podemos contribuir a estudiar y hasta a generar conversaciones con otros seres vivos. En este momento trato de escribir sobre eso. Pienso, por ejemplo, en las conversaciones (no programadas, ni llamadas así) que he observado y en las que he participado en casas de campo y granjas, entre humanos, animales domésticos y otros no tanto. Se trata, acudiendo a las palabras de Dominique Lestel, de comunidades híbridas donde emergen (plasman) saberes y lenguajes. Cierto que se trata de casos simples, porque los animales están muy desagencializados, pero por lo mismo es fácil de concebir y practicar como experiencia. Los sapiens los han desagencializado y disciplinado en alto grado, otorgándoles además rudimentos de un lenguaje común de gestos, sonidos (palabras, murmullos, chillidos) y poco más. Obviamente, con diferencias manifiestas de agencialidad, pero en una convivencia posible, mientras se obedezcan las normas de quien lideriza dicha distópica utopía. Más fáciles de concebir todavía, las conversaciones, muchas

veces, como muestra internet, [son] cargadas de erotismo, entre mascotas y acompañantes humanos, en el hogar y también en las granjas.

Por cierto, Dominique, pienso igualmente en los intentos de comunicación con ballenas, aves y otros animales. Más compleja y

desafiante la comunicación con cierta «inteligencia colectiva» de algunas colonias de hongos, lo digo desde mi ignorancia, que parecieran animalizarse. Me parece que se abre un universo a los estudios de las ideas y los saberes y a las ciencias cognitivas.

DG: Claro, jamás podremos traducir exactamente lo que otro ser vivo sintiente está transitando; sin embargo, podemos generar otros mecanismos comunicacionales más respetuosos y cuidadosos. En sus reflexiones en relación a la vivocracia, al enfatizar el «empoderamiento» y la «autonomía» de los organismos, ¿corre el riesgo de descuidar la dimensión relacional y simbiótica que los estudios multiespecies destacan como constitutiva de la vida? ¿Cómo equilibrar la agencia individual con la interdependencia?

No lo sé, Dominique, quizás corro ese riesgo. No pretendo escamotear tu observación, aunque no creo ser capaz de dar cuenta de cada una de las objeciones que podrían surgir a partir de tantos ángulos y perspectivas diversas, estableciendo infinitos matices. Por lo demás, ya sabemos que nuestro discurso no es jamás completamente transparente y ni siquiera para nosotros mismos, como se da el caso, después de unos años: leemos un texto y no sabemos bien qué quisimos decir allí. ¡Ni qué decir de las interpretaciones que escuchamos de nuestras ideas!

Posiblemente tus preguntas motiven reflexiones posteriores. De hecho, en una de las sesiones presenciales de la entrevista me hiciste una pregunta sobre algo así como qué sería una universidad ecológica o cómo sería una universidad vivocrática, no recuerdo bien. Te dije que no tenía respuesta para eso. Ahora puedo asegurarte que

despertó numerosas reflexiones; algo viene tangencialmente más adelante, y ya he escrito fragmentos, que no tendrán cabida en esta ocasión.

He tratado esto de la autonomía en diversos niveles. Para el pensamiento latinoamericano, la autonomía ha sido un tema importante, tanto a nivel de preservar y fortalecer nuestras autonomías intelectuales como nuestra autonomía en el quehacer internacional, frecuentemente avasallado por las potencias y, a inicios de 2026, en un caso doblemente doloroso, por la agresión a Venezuela y por la humillación y la vergüenza latinoamericana que provocó y continúa provocando en los meses posteriores dicho caso, en gran parte, por no haber sido capaces de solucionarlo entre nosotros.

La autonomía funciona mejor en la multilateralidad que en la unilateralidad, en el equilibrio de fuerzas que en

monopolio de la fuerza que detentan los humanos en la actualidad en su lucha por subordinar y manejar la naturaleza. Recordemos además que la naturaleza está siendo avasallada principalmente por las mismas fuerzas del noratlantismo y del noratlanticentrismo (muy unidas) que invaden las periferias para unificar explotación humana y natural.

La noción «autonomía» es una noción tomada de lo humano, ya sea para tratar cuestiones individuales o colectivas. De allí puede extrapolarse, con precauciones, a la naturaleza,

aunque no debe confundirse con autarquía, aislamiento o solipsismo. Es parecida a la palabra libertad, y en ciertos casos se dice que un animal en cautividad fue «puesto en libertad». No pretende decir que un hongo sea autónomo como individuo en una colonia. Por lo demás, la autonomía se realiza en el marco de colaboraciones, integración y contactos. Y aquí procede destacar la interdependencia. Me interesa, en este caso, la autonomía de la naturaleza como dinámica diferente de la que quieren imponer los afanes subordinantes de las y los humanos.

En varios trabajos recientes invita a «amplificar» las voces de la naturaleza. ¿Cómo evitar que la vivocracia se convierta en un ventriloquismo bienintencionado donde, en última instancia, es la voz humana la que define el significado de lo «vivo»?

El ventriloquismo sobre el que me preguntas es un asunto siempre presente. Esta pregunta destaca un punto crucial que las teorías de la ciencia y de la comunicación han abordado abundantemente, y la principal respuesta va por el lado de las definiciones de lo que se dice y de los controles a los que se someten las versiones. La medicina que examina un cuerpo, la veterinaria que examina otros cuerpos o la botánica que examina otros cuerpos todavía se encuentran ante problemas muy similares, en este sentido.

En el caso de las informaciones-mensajes-vozes de la naturaleza no hay grandes diferencias. Un cuerpo humano, el cuerpo de un animal, el cuerpo de una planta, son cosas investigadas con métodos muy

cercanos, no siempre idénticos. Por ejemplo, imaginemos casos equivalentes de intoxicación, deshidratación, nutrición...

Por mi parte, trato de ampliar la noción de información y llevar esta no solo a la medicina, veterinaria o botánica, sino a la semiótica, y entender los mensajes es también una disciplina que posee sus métodos para disminuir las arbitrariedades, aunque haya menos avances que en los estudios realizados desde la química para la medicina. Por otra parte, la psicología, en conexión con la psicología animal y con la etología, nos ofrecen estudios sobre conductas de gran cantidad de especies, principalmente algunos mamíferos, pero mucho más allá, hacia aves, por ejemplo, algunos reptiles e insectos.

Para decirlo corto y claro: las incomprendiones y malos entendidos no se puede evitar, se puede mitigar y se puede estar consciente de algunas opacidades... No pueden evitarse siquiera entre sapiens que se aman. Recuerda, por otro lado, la cantidad de exámenes y de juntas médicas necesarias para una operación de cierta gravedad. Es verdad que muchas veces es para ordeñar al paciente, pero también por la diversidad de interpretaciones y apreciaciones respecto de las informaciones recolectadas y por el sentido que adquieren en diversas situaciones.

No quiero simplificar, Dominique, aunque sí quiero entender. Quizás tu pregunta la formulas desde las categorías del respetado antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro y la «equivocación». Pero lo que tú entiendes como una pregunta yo lo veo casi como un acertijo. Y entonces mis frases no responderán nunca

a tu pregunta. Para que mis frases tengan sentido, te recomiendo que leas Viveiros de Castro y tendrás buenas respuestas. Pero si él ve tal «inconmensurabilidad» y la palabra no es suya, entre un pensamiento que para el caso llama occidental y otro de los indígenas amazónicos, donde unos piensan con los criterios de la «moderna ontología multiculturalista y uninaturalista» y otros autoconcebidos como «personas transespecíficas», cuya visión es «unicultural y multinatural» (Viveiros de Castro, 2021: 121), cuanto más difícil será imaginar conmensurabilidades en el marco de la «equivocación», fundamental, en la cual un jaguar nos vería a ti a mí como dos pecaríes. Allí nuestras palabras carecen absolutamente de sentido, más allá de delatarnos como presas parlanchinas distraídas mientras trata de capturarnos y devorarnos o derechamente «canibalizarnos», ¡ya no sé bien qué!

Es interesante, profesor, y en línea con lo que comenta, los análisis de Vinciane Despret en Habitar como un pájaro, que ofrecen una revisión sobre cómo interpretamos las personas a las aves, y cómo ellas, a su vez, van configurando modificaciones en sus formas de comunicación dentro de un entorno urbano o condicionado por la genticracia, según sus propios términos.

Dominique, podrías decir «por la gente» o por la «democracia». La genticracia se piensa como la participación o el poder de la gente común ante los grandes poderes globales en su afán de imponer un Estado mundial y, sobre todo, que un Estado nacional, se imponga como Estado global (ver Devés, 2021). Es una noción de cierta equivalencia con democracia, como

opuesta a dictadura o tiranía en las polis. Esto es clave en el discurso planético, diferenciándose de la política internacional noratlántica, de la OTAN, de la OCDE u otras, a lo largo de la historia por venir.

Saliendo desde el ámbito propiamente académico, sin divorciar innecesariamente... numerosas

culturas ancestrales cultivan formas de comunicación entre los humanos y algunas especies de animales, de modo directo y, digamos así, «laico», y otras veces aludiendo a cuestiones místicas o espirituales que, entiendo, son relativizadas al interior del quehacer académico. Un puente entre estos ámbitos se intenta construir por la etnozootología y la etnobotánica, que nos entregan relativamente procesada la experiencia de los ancestrales.

Otro nivel es el de la cotidianidad. Allí la gente se comunica con las mascotas y ambos aprenden a «entender» o interpretar los mensajes en el proceso cotidiano de información y convivencia, donde ambas especies alcanzan formas de comunicación y comprensión.

Por lo demás, podría sostenerse que la naturaleza carecería de la capacidad de expresarse directamente a través de la web, a la manera como lo hacen los internautas o *netizens*, pero no es del todo así. Quienes pretenden mostrar las expresiones de la vida y/o traducirlas las presentarán en internet. Por otra parte, el mundo internauta es más innovador para subir a la red las expresiones visuales, auditivas y otras de la naturaleza. Los cantos de las ballenas, de las aves y de tantos animales, las filmaciones de la política chimpancé, los quejidos por la desertificación y el fuego, van siendo sistemáticamente documentados, entre tantas expresiones que vamos siendo capaces de decodificar y sobre todo de transmitir masivamente. Que todo esto es mediado y no directo, es verdadero, pero quienes median y quienes

repcionan somos millones y millones, por lo que recibimos variados mensajes y de diversas maneras. En todo caso, tampoco está cerrado el camino para abrir nuevos canales de comunicación, tarea tanto más altruista que la de quienes se gastan en denunciar los innumerables sesgos existentes en internet.

Por otra parte, mi visión de los pájaros —conjunto extremadamente heterogéneo— no es romántica. Creo que debemos observarles, convivir, aprender y mucho más. No idealizar ni esencializar. Los pájaros se matan y se devoran y devoran a todos los otros seres biológicos en diversas expresiones y condiciones, como fetos, bebés, adultos o cadáveres, como semillas, huevos, frutas, hojas, tubérculos, larvas. Se pelean por territorios, así como los comparten, entre especies como entre los de la misma especie. Tal como lo hacemos los humanos urbanos y los pueblos indígenas, urbanos y no urbanos. El águila ampliamente observada y admirada desde tiempos ancestrales, en el norte, ha servido como inspiración a las potencias más predatoras de la historia, y ya dijo Gabriela Mistral para Chile: menos cóndor y más huemul.

Tampoco tengo visión idílica de los pueblos ancestrales: se desplazaron y devoraron tal como los pájaros o como lo hacemos nosotros; no por ello no vamos a convivir, estudiarlos, aprender de ellos, quererlos y todo lo demás. Han producido debacles ecológicas, aunque en territorios circunscritos y los pueblos ganaderos, con mayor razón, pastoreando burros,

llamas, ovejas y cabras. Es necesario distinguir la versión romantizada de la versión informada sobre el capitalismo, las profundidades marinas y todo lo demás.

La gran diferencia es que ninguna agrupación ha obtenido tanto poder como la civilización noratlántica y, por tanto, no ha podido hacer y hacerse tanto daño, en tal escala. Está en el corazón de la civilización noratlántica organizar el planeta para subordinarlo y en ese mismo proceso aniquilarlo y auto suprimirse en su vorágine. ¡Demorémoslo!

Creer en la bondad de los pájaros es como creer en Santa Claus,

aunque quizás contribuya a retardar el colapso. Creer en Santa Claus, en los pájaros, en el poder de la oración, en el Colo-Colo o en Poseidón será siempre mejor que creer en la riqueza y el poder acumulados, que es la peor creencia para el planeta: tiránica, ordenadora, antigentecrática, antivivocrática, imponiendo una racionalidad competidora, cortoplacista y absolutista.

Por esto es inminente el desarrollo de la eidodiversidad, para que nos dejemos convencer que el proyecto noratlántico — con su noratlanticentrismo — es el único posible.

En cuanto a la dupla vivocracia/gentecracia y siguiendo en línea con sus planteamientos sin fines de solucionar, sino de imaginar un futuro o un porvenir donde la interacción entre vivocracia y gentecracia es más fluida. En un conflicto concreto de la gentecracia en el territorio que habitamos, por ejemplo, la deforestación sistemática, crisis hídrica, hidrógeno verde, extracción de litio, por nombrar algunas. ¿Cómo operarían acuerdos, consensos, conversaciones, en esa dupla? ¿Qué consensos imagina usted más allá de la «solidaridad comunicada»?

Es mi convicción que la naturaleza en la larga duración no necesita a la humanidad. Que ahora mismo, si necesita una parte, es aquella que puede paliar los daños que la otra parte (de la cual participamos todes, mucho más o poco menos) está causando.

Propongo un test: ¿cuál es la huella promedio de carbono de las familias de personas con formación universitaria, en relación con las familias sin formación universitaria? Mi convicción es que la gente con formación universitaria genera el doble que la otra parte, per cápita.

Porque, incluso calidad de vida (y no digamos desarrollo), en el esquema predominante noratlántico, es sinónimo de generación de mayor huella de carbono.

Entonces, ¿qué medidas aplicar para demorar las catástrofes? Son muchísimas y sabidas. Las holísticas son las mejores en teoría y las peores en la práctica, pues se hace completamente imposible convencer de golpe a la mayoría de la población mundial para cambiar el patrón civilizacional. Por tanto, predicando la solución holística solo perdemos

tiempo, aunque nos autogratiifiquemos, como quienes poseen la solución definitiva. En Occidente llevan siglos mintiéndose con que la generación joven solucionará todos los males que crearon las anteriores. A este mito, cada dos generaciones le cambian el nombre: ilustración, progreso, socialismo, desarrollo, igualdad de género y así...

El punto más importante y menos aplicado es cómo potenciamos la naturaleza que todavía ha sido menos avasallada, menos subordinada, menos destruida, para una resiliencia vigorosa. Precisamente para este tipo de situaciones es que estoy imaginando fórmulas de largo aliento como la vivocracia, donde la naturaleza aumente sus posibilidades de autodefensa y minimice los ataques desde la humanidad.

Pero antes de ello, no imagines una genticracia completamente homogénea, como tampoco una vivocracia homogénea, pues la naturaleza no es simplemente armonía, ni menos esta naturaleza, ahora estresada, neurotizada, drogada por el proyecto de intervención sistemática y creciente del noratlantismo. La vivocracia apuesta más a la reagencialización de la naturaleza que a su cuidado, al cual no se contraponen, salvo en opciones castradoras.

La genticracia, como forma de participación y conversación global y planetaria, más allá de los Estados-nación, está planteando simultáneamente mayor intervencionismo, ralentización del intervencionismo, disminución de este,

entre otros asuntos. No existen ni voces unidireccionales ni voces de simple consenso o simple disenso.

Los niveles en los cuales pueden enfrentarse los problemas que planteas son múltiples, e imaginar soluciones holísticas ingenuas, de corto plazo, es esconder la cabeza en el método avestruz, como imaginan apocalípticos en una suerte de todo o nada, como si fuera posible...

Imaginar el aumento de las áreas reservadas de la naturaleza, aumentar los resguardos ante productos químicos, radioactivos y otros que destruyen a largo plazo, tratar los desechos humanos, evitar el incremento del calentamiento global, son cuestiones que van en buena medida en el mismo sentido que la vivocracia, puesto que varias de estas acciones tienden a impedir los factores que inhiben la agencialidad natural; inhiben las dinámicas de la naturaleza, como la lluvia ácida y la industria armamentista.

Un factor clave de la vivocracia consiste en aumentar los niveles de poder de la naturaleza, y ello implica disminuir los niveles de su sistemática desagencialización o inhibitorios. ¿Cuáles son algunas de las formas de desagencialización, que son muchas? El uso de sustancias que intoxican las especies, la construcción sistemática de carreteras y vías férreas que segmentan o cortan los territorios, la convicción (la ambición) que debemos aprovechar cada centímetro, gota y gramo del planeta, alcanzado cierto límite, nos perjudica y destruye.

Le sugiero situarnos en América Latina. ¿Cómo podríamos repensar hoy esa relación desde la noción de agencialidad y desagencialización? Es decir, ¿de qué maneras la naturaleza no solo actúa, sino que también es desactivada en su potencia por ciertas lógicas culturales, económicas o epistémicas, y cómo la cultura y otras narrativas latinoamericanas han visibilizado, o quizá ocultado, esta tensión?

Un tópico de la cultura latinoamericana, y sobre todo de cierta literatura, ha sido que los humanos estaban a merced de la naturaleza. La obra más emblemática de este carácter es *La vorágine*, novela del colombiano José Eustasio Rivera, que presenta la naturaleza como un agente hostil, simbólico y moralmente ambivalente: la selva no es solo escenario, sino fuerza inhumana y devoradora. Un espacio que rechaza: ríos que tragan hombres, árboles que oprimen, un clima que desorienta. Esta representación convierte la naturaleza en una fuerza activa que condiciona el destino de los personajes y expone la fragilidad de la civilización frente a lo salvaje. La selva devora tanto individuos como proyectos económicos, simbolizando la contradicción entre naturaleza y capitalismo. Se trata de un otro indomable y peligroso, presentada como opuesta a la civilización que es penetración, subordinación, domesticación, puesta al servicio. La naturaleza peligrosa, incluso enemiga para quienes entran a ella con el fin de instalar el proyecto industrial y/o civilizador y/o de explotación para fines «urbanos». Este es un tópico de una novelística más amplia donde se advierten temas compartidos como la explotación de los recursos, la violencia sobre los cuerpos y territorios, la naturaleza como agencialidad y víctima,

e incluso en ocasiones la denuncia social.

Lo que narraba o denunciaba *La vorágine* se ha revertido. Ciudades que crecen mientras la selva retrocede... La abdicación de ciertos poderes de la naturaleza, han quedado en manos de los humanos, al ser puesta entre la espada y la pared, de forma parecida a como los europeos pusieron a los pueblos indígenas desde 1492.

Se dice que en ciertos lugares escasea la arena. Es así, porque se pretende pavimentar completamente el planeta, para que la circulación terrestre sea expedita. Una naturaleza drogada, botada en el piso, en «situación de calle», sin casa, esmirriada, desmembrada, sometida. Vivocracia es también devolver ese poder a la naturaleza. Me temo que revertir este breve paréntesis de menos de un siglo tarde mucho, pero mucho más de un siglo.

Para retomar entonces la agencia de la naturaleza y concibiendo que es imposible marginar a la humanidad, aunque quisiéramos, pues se trata de «la especie más peligrosa», la vivocracia entonces ¿es finalmente un proyecto de la vida que, de manera realista, debe encontrar la forma de contener o resistir frente al humano depredador?

No sé Dominique si entiendo bien tu pregunta. Asumiendo que existen tensiones y hasta contradicciones fuertes entre humanos y naturaleza en general, y con mayor razón humanos en el estado actual: población, economía, consumo, emisión de desechos, excesos de circulación y más, parece imposible pensar solamente desde la naturaleza sin asumir la intervención decidida de la humanidad, en términos actuales y de futuros cercanos.

Devolver la agencialidad a la naturaleza es que continúe con sus equilibrios evolutivos, que el exceso de humanidad (con su exceso de agencialidad) ha interrumpido y distorsionado. Rolando Toro-Araneda decía algo parecido.

Entiendo que podemos imaginar una solución muy radical: lo mejor para el resto de la naturaleza es que desaparezca la humanidad. Sin embargo, tampoco tenemos posibilidad de hacerla desaparecer.

La vivocracia ya lo he dicho consiste en empoderar la naturaleza para que no la humanicemos, en formas innecesarias como su

«jardinerización», en tanto naturaleza linda y domesticada, según la voluntad altruista de algunas personas.

Sin embargo, es necesaria la precaución respecto de derivaciones como el «jardinismo mascotista» (no confundir con la cotidianía «jardinerista»). Este es equivalente al animalismo mascotista. El jardinismo pretende una naturaleza domesticada a la medida antropocénica, que inhibe la biodiversidad y pretende una naturaleza «bonita» al ojo humano, con muy pocas especies, todas decorativas y no «peligrosas» ni «feas», donde los felinos son vegetarianos y comen palomitas de maíz de la mano de los turistas y las flores carnívoras, como la Venus atrapamoscas, son alimentadas por personas encargadas de distribuirles minúsculas porciones de carne de soya. Por su parte, esta resistencia de la naturaleza no debe confundirse con la «resistencia ambiental» que es el conjunto de factores que limitan o controlan el crecimiento de una población natural que, al crecer descontroladamente, haría peligrar otros factores del ecosistema.

En este futuro que narra y que es muy posible que esté sucediendo, ¿cuáles son las proyecciones de la vivocracia?

Deben destacarse algunas propuestas para potenciar la vivocracia, en tanto anticipación y mitigación de los todavía peores efectos climáticos por venir.

Vivocracia debe entenderse como concepto límite, por una parte, tanto como operacionalizable, por otra.

Una naturaleza empoderada es la que crece, retoma sus lugares, recupera sus dinámicas, manifiesta su presencia: vitalidad, mayores territorios, aumento de especies y de ejemplares, cadenas alimenticias completas y sustentables, comprendidas en círculos virtuosos, superación de la contaminación de las aguas, el aire y las tierras en algunas localidades transformadas de hecho o de derecho en cápsulas de biodiversidad.

Ello debería incidir en la reversión de tendencias negativas en el nivel micro, es decir, perceptibles por las personas comunes y, por otra parte, la reversión de las tendencias macro. Al potenciarse la vivocracia debería actuar sobre las primeras, entre otras maneras, por el avistamiento de especies que parecían desaparecidas y el incremento de aquellas que disminuían, en el repoblamiento de espacios deteriorados, la disminución de la contaminación del aire urbano, con disminución de dolencias respiratorias, como la disminución de la medicación por descenso de enfermedades y plagas. Sobre las segundas, en la regeneración de macro equilibrios: capa de ozono, carga de aerosoles atmosféricos, grados de acidificación de los océanos, cambio climático, concentración de CO₂ y flujos bioquímicos, entre otros factores² que podrían incidir sobre la ralentización (¿y reversión?) del calentamiento global.

En verdad, no creo en la reversión macro en el corto plazo, quiero decir,

en años o pocas décadas. En los últimos veinte años (2006-2026) el *país del sumak kawsay*, con el MAS en el gobierno, aumentó aproximadamente el 50% la huella de carbono per cápita y con el aumento de la población el país como conjunto, prácticamente, la dobló. El porcentaje de población con formación universitaria también se dobló (todo esto, según datos aproximados entregados por IA Copilot). ¿Deberíamos explicitar lo que ya sabíamos? A mayor formación educacional el crecimiento de las expectativas de consumo es exponencial, incluso en el país del *sumak kawsay*, durante el gobierno del *sumak kawsay*. No hay reversión posible por décadas. Ya Meadows lo sugirió. Me parece que yo no le creí. En 1973, 74 o 75, no sé bien cuándo me enteré de esto. Para mí, era cien veces más importante «revertir» la entronización de Pinochet.

¿Apocalíptico? Sí. Las grandes catástrofes tendrán más impacto en la conciencia de la población mundial que los planes de educación ambiental, que ciertamente apoyo.

Después de las grandes catástrofes, quienes sobrevivan, posiblemente — siendo una población mucho menor — tengan capacidad de gestionar mejor sus relaciones con esa naturaleza también deteriorada y muy golpeada, en condiciones claramente peores a las de 2026. Al menos por unos cincuenta años o algo más.

2 Para más información, véase límites planetarios en <https://www.stockholmresilience.org/research/planetary-boundaries.html>.

En términos mediatos, la vivocracia sería consecuencia de una conversación sostenida entre las periferias naturales y humanas, tanto más cuando entre las humanas encontramos poblaciones que no han explotado la naturaleza con la intensidad occidental, ni menos estableciendo una diferencia ontológica con ella.

Si empoderar la naturaleza es ofrecerle posibilidades de mayor vitalidad, de más rápida regeneración, de capacidad de acogida de especies, no debe imaginarse que numerosas tecnologías existentes no deban operarse: tecnología para purificar aire, purificar aguas, limpiar y recuperar tierras. Ello en ningún caso significa poner a la tecnología como clave de la salvación del planeta. Aunque tampoco me refiero con «tecnologías» a máquinas y a químicos, sin descartarlos totalmente, sino a biotecnologías disponibles como recuperar la vegetación con semillas esparcidas por aves y mamíferos (este es un típico ejemplo de empoderamiento), por ejemplo, o limpiadores biológicos de cauces de agua. O contribuir con especies resistentes a ciertas plagas, a tóxicos o deficiencias nutricionales. Escuchar a la naturaleza es también tomar en cuenta sus propias

soluciones e implementarlas, ayudarle, empoderarla, darle la posibilidad para implementarlas. Aquí se entiende mejor: cuando digo «potenciar», quiero decir facilitar que la propia naturaleza recupere o normalice su funcionamiento. Un aspecto muy gráfico en esto es el apoyo a las especies clave y/o ingenieras ecosistémicas y/o fundacionales y/o paraguas, según los casos. Especies que tendrían efectos particularmente multiplicadores o sanadores, tanto por sí mismas como por la generación de reacciones en cadena.

Empoderar es también cortar la cadena destructiva de sequía, viento, pérdida de los terrenos fértiles, erosión, empobrecimiento de microorganismos y de nutrientes. Las barreras vivas de arbustos, por ejemplo, son maneras de empoderar, de modo que la naturaleza pueda por sí misma llamar, traer, convocar más naturaleza. Hay igualmente animales que controlan ciertas plagas como las chinitas o los lobos, porque ciertas especies transformándose en plagas naturales descontroladas destruyen los ecosistemas. El control biológico de plagas es también una forma de empoderamiento, sobre todo si es de mediano o largo plazo.

Finalmente, ¿en qué sentido se dice «colonización de la naturaleza y de la gente»

La condición colonizadora-domesticadora como privación de agencialidad, sobre la naturaleza primero y luego sobre las gentes,

usando la domesticación previa de animales y/o de esclavos.

Existe una línea de pensamiento a la cual me adscribo, a la cual

pertenece Fernando Coronil (2000), Edgardo Lander (2000), Víctor Toledo (2008) y Héctor Alimonda (2025), que vienen planteando la condición colonial-colonizada de la naturaleza, cosa que supone la necesidad de descolonizarla, emanciparla, en cierto sentido, devolverle su autonomía. Estas expresiones no son ni transparentes ni unívocas y así, *grosso modo*, me asocio a ellas. Colonizar es expropiar la agencialidad a lo que se coloniza y ponerlo al servicio del proyecto colonizador.

Siguiendo a Alimonda, se asume como un hecho sabido que la conquista de América se ubicaba en el marco de un proyecto de expansión y de intereses materiales en la búsqueda de bienes de uso y de cambio. Los planteamientos sobre la colonización de la naturaleza van siguiendo sucesivos pasos: Fernando Coronil hacia el 2000 (citado en Lander, 2000), destaca el antropocentrismo del discurso europeo sobre la acción colonial. Víctor Toledo, por su parte, presenta una tipología de la apropiación humana de la naturaleza, da una definición de «naturaleza colonizada»: «los ecosistemas apropiados han perdido tales habilidades» (de automantenerse, autorrepararse y autorreproducirse) «y requieren *a fortiori* de energía externa (humana, animal o fósil) para mantenerse» (Toledo, 2008: 10). El razonamiento es continuado por Alimonda en referencia a la «persistente colonialidad que afecta la naturaleza latinoamericana». Ello ha ocurrido «tanto como realidad biofísica (su flora, su fauna, sus habitantes humanos,

la biodiversidad de sus ecosistemas) como su configuración territorial (la dinámica sociocultural que articula significativamente esos ecosistemas y paisajes)» (Alimonda, 2025: 312). En una contienda muy desigual, pareciera sintetizar el autor, a lo largo de cinco siglos, ecosistemas enteros fueron arrasados por la implantación de monocultivos de exportación. Fauna, flora, humanos, fueron víctimas de invasiones biológicas de competidores europeos o de enfermedades.

La naturaleza colonizada todavía en un nivel superior, y radicalizo el planteamiento que vengo exponiendo, «colonizada» en tanto que cosa, perturbada y distorsionada en sus dinámicas biológicas, vencida y puesta al servicio, pero no solo eso, sino también sus voces silenciadas, por la sistemática negativa a escucharlas, por la destrucción de las dinámicas de los ecosistemas naturales que, en su propia interacción de milenios, van plasmando identidades, que sin ser estáticas llevan la fuerza de sus trayectorias.

Ahora bien, si con cierto escepticismo puede decirse que la naturaleza nunca habló en el sentido antropocéntrico del término, incluso así, no podrá negarse que ha existido y existe en muchos lugares, en diversos grados, la intención de escucharla. Y que incluso ello fue siendo borrado y no solo en América. Si las divinidades hablaban a través de la naturaleza, también fueron inhibidas, porque en el discurso del centro solo los curas tenían imperialmente el derecho a la palabra, en nombre de las divinidades.

Otras personas que se atribuyeran la capacidad de ser portavoces de la naturaleza o de las divinidades a través de la naturaleza pasaban por heréticas. La ciencia continuó con ese discurso:

la ciencia es la única con auténtico derecho a hablar, ya no en nombre de las divinidades, pero sí de la naturaleza y por la naturaleza.

Entrevistado: Eduardo Devés Valdés

Universidad de Santiago de Chile
Santiago, Chile
ORCID [0000-0001-6007-9812](https://orcid.org/0000-0001-6007-9812)
eduardo.deves@usach.cl

Entrevistadora: Dominique González

Universidad de Santiago de Chile
Santiago, Chile
ORCID [0009-0001-0055-8114](https://orcid.org/0009-0001-0055-8114)
dominique.gonzalez@usach.cl

Referencias

Alimonda, H. (2025). *Descolonizar la naturaleza: Por una ecología política Latinoamericana. Textos reunidos de Héctor Alimonda (1982-2017)*. (Comps. F. Martín, G. Merlinsky y F. Milanez). CLACSO.

Coronil, F. (2000). Naturaleza del poscolonialismo: Del eurocentrismo al globocentrismo. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 87-112). CLACSO.

Devés, E. (2021). ¿Una nueva especie de ideas? Las «ideoglobías» como propuestas para una mejor convivencia global en la época contemporánea: Concepto y casos. *En-claves del Pensamiento*, 30, e461.

_____. (2023). El origen de las ideas más antiguas en el planeta. *Wirapuru*, 8, 1-20. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10342883>

_____. (2025a). La geopolítica del conocimiento y los saberes de la naturaleza (una propuesta de segunda generación). *Izquierdas*, 54, 1-23. <https://doi.org/10.4067/s0718-50492025000100207>

_____. (2025b). Aproximarse a los saberes de la naturaleza es también un desafío para los estudios de las ideas... *Wirapuru*, 11, 80-103.

_____. (2026a). La circulación mundial de las ideas y las ideoglobías: Aportes desde América Latina y el Caribe para los consensos planetarios. Inédito.

_____. (2026b). Los saberes emergidos desde las periferias (humanidad y naturaleza) y sus puntos de encuentro. En C. Coloma y M. Carimo (Eds.), *Pensamiento periférico: Nuevos debates y desafíos para las humanidades, las ciencias y los estudios sociales* (pp. 306-327). Ariadna.

Lander, E. (Ed.). (2000). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO.

Toledo, V. (2008). Metabolismos rurales: Hacia una teoría económico-ecológica de la apropiación de la naturaleza. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, 7, 1-27.

Toro-Araneda, R. (2014). *El principio biocéntrico: Nuevo paradigma para las ciencias humanas. La vida como matriz cultural*. Cuarto Propio.

Viveiros de Castro, E. (2021). La antropología perspectivista y el método de la equivocación controlada. *AVÁ*, 39, 121-139.